

SOCIEDAD DE LA INFORMACIÓN PARA TODOS Y TODAS

Introducción

Dentro de la sociedad de la información en la que estamos inmersos nos vemos afectados por los fenómenos que se están dando a escala mundial, como son la movilidad laboral, el aumento de las diferencias económicas entre los diversos sectores sociales, la menor movilidad social especialmente en los sectores más desfavorecidos y los fenómenos de inmigración.

Todo esto está dando lugar a una gran diversidad social y cultural en la sociedad. Esta diversidad, cuando se refiere a culturas o personas con un estatus igual o superior al medio puede llegar a ser fácilmente entendida como una riqueza. Pero tiende a ser considerada como problema cuando están en situación de marginación y mucho más cuando las personas se encuentran en situación de pobreza, situación que frecuentemente está relacionada con la desigualdad o inferioridad en que socialmente se ubica a dichas culturas.

Cuando nos centramos en el ámbito educativo la problemática se traduce en aumento del fracaso escolar y de la conflictividad en relación con alumnado perteneciente a sectores más desfavorecidos. En ambos casos, no se cuestiona la responsabilidad que los diversos agentes educativos tienen con relación a esta temática, sino que se tiende a culpabilizar a las personas, colectivos y contextos afectados.

Desde el planteamiento de la LOGSE se suponía que la educación, con los cambios metodológicos y didácticos adecuados, y aumentando los periodos educativos tanto en Infantil, como con la obligatoriedad hasta los 16 años iba a ser suficiente para compensar las desigualdades. Sin embargo siendo estos mecanismos necesarios, el tiempo ha demostrado que no son suficientes y que incluso se puede ahondar en la desigualdad si se apuesta por la adaptación a la diversidad. Esta adaptación puede resultar válida cuando nos referimos a diversidad de intereses o estilos de aprendizaje, pero resulta inadecuado y contraproducente para abordar la diversidad social y cultural. En este caso en lugar de la adaptación al entorno lo que se necesita es la transformación del mismo.

Entonces, ¿Cómo se construye una sociedad donde vivir juntos?, ¿A partir de qué procesos y valores construimos realidad? ¿Cómo incluir y no excluir?

La diversidad es una realidad y hemos de plantearnos su reconocimiento, la vida conjunta y el respeto a la diferencia desde la igualdad. A través de este seminario hemos intentado reflexionar teóricamente en torno a estas cuestiones para desde ahí intentar desarrollar herramientas teórico-prácticas que ayuden a los diferentes agentes educativos en la tarea de articular teoría y práctica y poder generar una dinámica en los centros, en primer lugar, de sensibilización respecto a la temática de diversidad-igualdad-desigualdad con relación a la sociedad de la información y al proceso de globalización en el que nos encontramos para, en un segundo término, generar procesos educativos y organizativos que actúen en contra de la exclusión social.

Sociedad de la información: algunas reflexiones e implicaciones

La naturaleza de la sociedad en la que nos encontramos, conocida como sociedad de la información, ha supuesto tener que enfrentarnos a una verdadera revolución, la transformación o el paso de sociedad industrial a sociedad de la información. Esta está cambiando rápidamente nuestras vidas, desde la economía, formas de relación y los ámbitos cotidianos públicos y privados. El nuevo mundo plantea nuevas fuerzas de producción y el desarrollo de nuevas capacidades. En la sociedad industrial se daba un predominio del sector secundario, la industria, y un crecimiento del terciario, servicios, en detrimento del sector primario. Actualmente, aunque siguen dándose estos tres sectores se está desarrollando uno nuevo, el cuaternario o informacional. En la sociedad de la información la generación de conocimiento es la fuente de productividad y crecimiento económico, la información es la materia prima y su procesamiento constituye una de las bases en las que se asienta la economía

La tecnología de la información es a esta revolución lo que las nuevas fuentes de energía fueron a las sucesivas revoluciones industriales, del motor de vapor a los combustibles fósiles, e incluso a la energía nuclear, ya que la generación y distribución de energía fue el elemento clave subyacente en la sociedad industrial (Castells 1997:57).

Además los sectores primario, secundario y terciario se ven afectados por los procesos informacionales que son incluidos en sus respectivos procesos productivos.

Es por todo ello por lo que la sociedad de la información da prioridad al dominio de ciertas habilidades. El desarrollo de las nuevas tecnologías y el acceso a la información han transformado el mercado de trabajo y se requieren otras competencias y habilidades para acceder a él. Ya no se trata de acumular información o acceder a la misma. Esta se encuentra cada vez más y de forma más barata al alcance de todas las personas. De lo que se trata es de seleccionar y aplicar la que sea más adecuada a cada situación, la más relevante a cada momento.

Tal como fue previsto por Bell, se da un paso de los recursos materiales a los intelectuales como factores determinantes de la sociedad de la información. Los Rockefeller amasaron su fortuna con petróleo; Bill Gates o Case lo han hecho mucho más rápidamente seleccionando y procesando información. Una imagen de la sociedad industrial la compondría Detroit o las grandes empresas de automóviles, una imagen de la sociedad informacional nos la darían la virtualidad y la globalización de las dinámicas empresariales de Silicon Valley. (Flecha, 2001)

Las personas, grupos sociales, países que no poseen dichas capacidades y recursos quedan excluidas. Habilidades tales como: selección, procesamiento y aplicación de la información adecuada a cada situación o problema, la autonomía, la capacidad para tomar decisiones, el trabajo en grupo, la polivalencia, la flexibilidad... son imprescindibles en los diferentes contextos sociales: mercado de trabajo, actividades culturales y vida social (CREA, 1999). No todas las personas tienen las mismas oportunidades para desarrollarlas por lo que los sectores más desfavorecidos están en riesgo o en situación de exclusión social. Surgen, por lo tanto, nuevas necesidades y se han creado nuevas causas de exclusión que se suman a las previamente existentes.

Esto no quiere decir que sea la sociedad de la información y la globalización lo que produce dicha exclusión o desigualdades, sino los modos de producción. Como señala Castells, cambia el modo de desarrollo, que ya no es industrial sino informacional. Sin embargo el de producción no ha cambiado, sigue siendo capitalista y es el reparto desigual de los recursos informacionales lo que da lugar a dicha exclusión, unido a que se han transformado más rápidamente el capital y el trabajo que los partidos políticos, sindicatos o movimientos sociales. Aunque estos últimos están adquiriendo un protagonismo creciente, sobre todo el ecologista, el feminista y un nuevo movimiento por una globalización más igualitaria.

En la nueva sociedad se están produciendo grandes cambios sociales en las instituciones y en las relaciones y la búsqueda de la identidad es, según Castells, uno de los más importantes, tanto como los económicos o los tecnológicos. Muchas de estas identidades surgen de las resistencias actuales: la resistencia comunal a la globalización, a la reestructuración capitalista, al patriarcado y al crecimiento incontrolado.

Beck define la sociedad actual como la sociedad del riesgo (riesgo de intoxicación, de no conseguir empleo, de contaminación...) y señala que el reparto e incremento de los riesgos sigue también un proceso de desigualdad social, aunque tiene efectos no deseados tanto para los de abajo como los de arriba en la escala social. La conciencia de estos riesgos da lugar a lo que el llama modernidad reflexiva, a la necesidad de diálogo y llegar a consensos. Los riesgos y su imprevisibilidad dan lugar a una pérdida de sentido y a un desencanto con respecto a las instituciones y formas de vida tradicionales, que llevan a procesos de individualización, desde donde las crisis sociales parecen crisis personales. A la vez sirven para dar más peso a las propias biografías y se crea la necesidad de desarrollar, frecuentemente de manera involuntaria, nuevas formas de vida que recuperen el sentido, el encantamiento y proporcionen una convivencia estable.

Nos encontramos con una sociedad que conjuga tanto una potencialidad democratizadora, reflexiva, y negociadora junto a una excluyente, individualista y que, además, se caracteriza por la heterogeneidad social, cultural y lingüística. Ante esta realidad social, hemos de avanzar en la superación de las desigualdades, evitando la monopolización de los nuevos medios (Internet...) y habilidades por el mundo empresarial y determinados sectores sociales. La coordinación entre diversos grupos y la utilización de las nuevas tecnologías con creatividad, inteligencia e iniciativa, puede llegar a promocionar la educación como proceso integrador hacia una sociedad igualitaria.

Fases de transformación

En el proceso de sociedad industrial hacia la nueva sociedad informacional se pueden señalar básicamente dos fases, aunque algunas características de las mismas convivan actualmente.

En una primera fase se produjo un incremento de las desigualdades sociales o, lo que algunos autores como Habermas han denominado como darwinismo social o selección de los mejores. Esto fue debido a que la introducción de la era informacional

se realizó a manos de un sector de la sociedad con recursos para hacerlo, excluyendo del proceso a aquellos sectores menos favorecidos.

En la fase actual se busca una sociedad de la información para todas las personas por diversas razones. Entre otras razones nos encontramos tanto los intereses por parte de algunos sectores de extender el consumo de productos y servicios informacionales a toda la población, como los problemas creados por los procesos de exclusión y los movimientos sociales que buscan una globalización más igualitaria.

1ª fase: darwinismo social

Se potenció el desarrollo de los recursos y de las capacidades necesarias para trabajar con la información en los sectores más competitivos, los que se consideraba que tenían más posibilidades de aprender rápidamente. A la vez se extendió la idea de que otros sectores no eran reciclables y era mejor prepararles para la “sociedad del ocio” que en realidad ha sido la “sociedad del paro”. De esta manera se orientó a niños, niñas y jóvenes de sectores o familias académicas para completar estudios superiores, mientras que los de familias no académicas o personas adultas de una determinada edad y sin una formación superior se les dotaba de una preparación mínima para incorporarse al mundo laboral. Uno de los problemas resultantes de esta orientación es que las ocupaciones y los requerimientos laborales, así como la estabilidad laboral ha ido cambiando tan rápidamente que la preparación mínima inicial no ha sido la suficiente para adaptarse a esos cambios o a seguir aprendiendo, lo que ha abocado a dichas personas a ocupaciones laborales precarias, al paro o, lo que es lo mismo, a la exclusión.

Estas dinámicas han sido favorecidas por discursos que denominamos exclusores de los que destacamos algunos a continuación:

- *“La universidad es una fábrica de parados”*
- *“Lo que reclaman los empresarios es el desarrollo de determinadas competencias profesionales”*
- *“Vamos a la sociedad del ocio”*
- *“La escuela no puede más que reproducir las desigualdades sociale”*
- *“Algunos sectores sociales o culturales no están motivados para los estudios”*
- *“La igualdad como objetivo lleva a la homogeneidad, lo importante es la diversidad”*

La universidad como fábrica de parados. Desde esta idea se planteaba, o todavía se plantea, que hay mucho paro universitario y sin embargo todo el mundo se

empeña en ir a la Universidad no siendo la mejor opción para después encontrar trabajo. Desde esta idea se defiende que si esto sigue así no se soluciona el problema, que una sociedad no puede dar cabida a tantas personas universitarias y que tan válido o más que una carrera es el aprendizaje de una profesión, e incluso que desde ahí puede ser más fácil encontrar trabajo.

Sin embargo, ni las personas que utilizaban estos argumentos aceptaban fácilmente que un hijo o hija propia no estudiase una carrera. La mayoría de las familias académicas hemos seguido intentándolo a pesar de que al final lo que se encontrase fuera el “paro”. La idea de que no es tan importante es para los demás. En parte esta posición se ha mantenido por el estatus o la valoración social que siguen teniendo los estudios superiores, pero fundamentalmente es debida a que sabemos que continuar con los estudios abre más posibilidades, independientemente de que la ocupación que se encuentra al final no coincida con los estudios realizados.

Por otro lado, no es verdad que haya aumentado más el paro universitario que el de otro tipo de nivel formativo. Lo que puede dar esa sensación es que se ha retrasado alrededor de tres años la incorporación al mundo laboral, es decir que la media para que un universitario encuentre trabajo en condiciones aceptables es de tres años (mientras que antes era inmediata) y no siempre en la profesión para la que se ha preparado. Sin embargo, aunque aparentemente en niveles profesionales más bajos la incorporación pueda ser más rápida, las condiciones suelen ser más precarias, las contrataciones temporales y el paro mayor y sigue aumentando. Para constatarlo solo es necesario consultar las estadísticas del INEM.

Importancia del desarrollo de determinadas competencias profesionales. Esta idea parte de que los empresarios en las encuestas que se hacen para diseñar perfiles profesionales, frecuentemente comentan que ellos contratarían antes a alguien que hubiera desarrollado las competencias necesarias para determinado puesto de trabajo que a alguien que tiene una carrera. Sin embargo esto no suele ser verdad por varias razones.

Por un lado, es muy difícil y costoso realizar procesos de selección que garanticen que alguien ha desarrollado unas competencias determinadas, por lo que al final optan por utilizar el título como filtro selectivo. Dicho título garantiza competencias generales entre las que se encuentran las de selección, procesamiento y tratamiento de la información y supone un proceso mucho más barato. Después ya se

encargarán ellos de proporcionarles la formación necesaria para el desarrollo de las competencias específicas en el puesto de trabajo.

Por otro lado, es muy difícil garantizar que las competencias específicas que se necesitan hoy son las que se van a necesitar dentro de 2 o más años, es decir cuando se acabe su formación. Probablemente para entonces necesite reciclaje y este es mucho más difícil de realizar si la preparación ha tenido una base de competencias específicas y no de otras más generales que faciliten el “aprender a aprender” a lo largo de su vida.

Además, la complejidad de las tareas en la mayoría de puestos de trabajos ha aumentado tanto con la incorporación de las tecnologías de la información y de la comunicación, que como mínimo se requieren las capacidades generales de la Educación Obligatoria y en Europa se está planteando como mínimas las del Bachillerato.

La sociedad del ocio. Durante mucho tiempo se habló de que con la incorporación de las nuevas tecnologías se iba a reducir el tiempo de trabajo y se iba a tener más tiempo para el ocio, por lo que era necesario, además del desarrollo de determinadas capacidades, fomentar otro tipo de intereses, aficiones y la sociabilidad para poder disfrutar del tiempo libre.

Sin embargo, en general, no ha sido así. Para personas de niveles sociales y laborales más altos, el tiempo de trabajo ha aumentado, no diferenciándose en muchas ocasiones un tiempo libre, mientras que para otras, de niveles más desfavorecidos, el tiempo sin ocupación, es decir, el paro, es la situación más habitual. En estos casos se ha generalizado el salario social.

Desde este planteamiento, que no todo el mundo tiene más tiempo libre, sino que unos muy poco y otros todo, se ha ido potenciando una educación más competitiva para quienes van a ocupar esos puestos laborales y un currículo “de la felicidad y la sociabilidad” para quienes van a ser sujetos del salario social. De esta manera se produce el efecto Mateo: dar más al que más tiene y menos al que menos tiene. Se da más formación a quien pertenece a entornos académicos, es decir, a quien más recursos formativos tiene; y se da más trabajo a quien más capacidad adquisitiva tiene. De esta manera se produce un aumento de las desigualdades o una dualización de la sociedad.

La escuela como reproductora de desigualdades. Desde algunos planteamientos se defiende que las desigualdades se encuentran en la sociedad y la escuela no puede

más que reproducirlas, incluso se defiende que esta fue creada, entre otras cosas, para mantener el estatus quo.

Aunque es claro que la escuela sola no puede cambiar la sociedad, puede colaborar para mantener o aumentar las desigualdades, de manera que muchas personas que pasan por ella además de seguir igual de desigual que estaban acaben con el estigma de ignorantes. O puede colaborar en la transformación del entorno y en la superación de dichas desigualdades proporcionando a todas las personas las capacidades necesarias (muchas de las cuales se adquieren en el ámbito educativo) para responder a las necesidades y retos que la actual sociedad de la información plantea.

Desde la idea de la reproducción no es necesario hacer ningún cambio porque no serviría para nada, por lo que nos podemos quedar tan tranquilos con la que se hace actualmente. Desde la idea de la transformación es necesario que la escuela cambie lo que nos obligaría a cambiar nuestras propias actuaciones.

Algunos sectores no están motivados para el estudio. Frecuentemente se atribuye el fracaso escolar, las dificultades y la falta de respaldo de las familias a nuestras iniciativas a la falta de motivación para el estudio. Se suele hacer referencia en estas argumentaciones a que muchas personas que pertenecían, o pertenecíamos, a familias no académicas consiguieron completar estudios superiores, entre otras cosas, porque eso no impedía que sus familias estuvieran muy motivadas.

Cuando se utilizan estos argumentos no se suele tener en cuenta que las circunstancias han cambiado, que en esa época se veía la educación como una vía de movilidad social, de hecho todo el mundo tenía ejemplos cercanos de personas que lo conseguía. Sin embargo esta situación ha ido cambiando, potenciada por discursos ya comentados, y las expectativas de promoción por los estudios ha ido bajando, sobre todo en determinados sectores donde cada vez les resulta más difícil encontrar ejemplos (en determinados barrios y escuelas no hay personas que lleguen a la universidad) donde esto no sea así.

Por tanto, no se puede atribuir la falta de motivación a causas intrínsecas a dichos sectores, o a características culturales y sociales propias, sino a causas más generales que es necesario abordar a través del aumento de expectativas, de proporcionar recursos, información, formación e interacciones con personas que puedan servir de modelo.

La diversidad como objetivo, sustituyendo al de igualdad. Si en lugar de abordar de forma conjunta los dos aspectos, igualdad y diversidad, sólo se tiene en cuenta uno de ellos se puede caer en situaciones que se están dando en algunos centros:

- Cuando solo se tiene en cuenta la diversidad y la propuesta que se hace es la adaptación a la misma puede llegar a plantearse una educación diferente para cada tipo de alumnado en nombre de lo que “ellos quieren o necesitan”: a las minorías menos contenidos instrumentales y más habilidades sociales y hábitos, para los más lentos menos contenidos complejos y aprendizajes más mecánicos, para los de ambiente “menos intelectual” aprendizajes “más prácticos”, más relacionados con el mundo laboral, ... Así para algunos se plantea como objetivo el llegar a la universidad (para los hijos e hijas de familias académicas), y para otros el aprendizaje de un profesión en sus niveles más elementales, lo que lleva a que en muchas ocasiones no se alcancen ni estos niveles. Nos podemos encontrar así con centros en los que se trabajan, en mayor o menor medida, el esfuerzo y algunas o todas las capacidades ya descritas y que se orientan a que el alumnado complete estudios superiores. En el otro extremo nos encontramos con centros orientados a que su alumnado o parte del mismo, aprenda unos contenidos mínimos, hábitos de convivencia y los recursos que necesitan para su entorno. De esta manera no se supera la desigualdad existente entre los distintos grupos sociales. Esta es una forma de relativismo que enmascara o puede dar lugar a una forma de racismo diferente al que conocíamos tradicionalmente.
- Cuando, en el otro extremo, se plantea la igualdad como homogeneidad, “para todos lo mismo”, en muchas ocasiones, de hecho, no se ofrece tal igualdad sino la asimilación de las minorías, que ya se ha comentado. A menudo sin ser conscientes de ello, a algunos se les está dando lo que necesitan, se parte de su experiencia, ven reflejada su cultura en la escuela, se adaptan los métodos y estrategias didácticos a sus necesidades, hay una continuidad entre lo que sucede en la escuela y en el domicilio... y a otros no. Es decir, a menudo en nombre de la igualdad se ofrece una única alternativa para todos que se ajustará más a unos que a otros (a los que coinciden con la cultura escolar, los de familias académicas), lo que hace que se les esté tratando de forma desigual e injusta.

Todas estas situaciones, llevan por tanto a mantener las situaciones de desigualdad. Para poder superarlas es necesario recuperar el objetivo de igualdad. El planteamiento que defendemos es el de igualdad de diferencias o igualdad en la diversidad donde se combinan los dos aspectos el de igualdad y el de respeto a la diversidad. Se plantean objetivos igualitarios, que todas las personas desarrollen al máximo las capacidades necesarias en la actual sociedad, que todas tengan éxito escolar

y obtengan el título..., a través de diferentes enfoques y estrategias metodológicas que tengan en cuenta la diversidad, los diferentes valores, puntos de vista, formas de vivir y ver el mundo estableciendo entre todos ellos un diálogo.

2ª fase: Sociedad de la información para todas las personas

Hemos entrado en una segunda fase caracterizada por la necesidad de crear nuevas posibilidades para la igualdad. Desde muchos países y movimientos sociales se reclama una sociedad de la información para todos y todas (Flecha, Gómez, Puigvert 2001). A su vez, desde la comisión europea se están potenciando políticas para fomentar esta sociedad para todas las personas.

Teniendo en cuenta que la capacidad de seleccionar y procesar información adquiere una gran relevancia en esta nueva sociedad, y con ello los recursos intelectuales, así como que el no haberla desarrollado se convierte en una de las causas de la exclusión social y cultural, una de las formas de reducir las desigualdades sociales, culturales y económicas es a través de la *educación* ya que provee a las personas de las habilidades y capacidades necesarias para estar *dentro de la red*.

La educación es la herramienta clave para conseguir mejoras más igualitarias y el factor fundamental que posibilita la igualdad de oportunidades y el acceso a la sociedad de la información.

En este contexto, la institución escolar vuelve a reforzar su objetivo igualitario y se plantea hacer todas las transformaciones que sean necesarias para lograr que todas las niñas y niños tengan la posibilidad de adquirir los aprendizajes requeridos por la sociedad de la información. Las mejores prácticas educativas no se plantean qué pueden hacer con la escuela que ahora tienen, sino cómo han de transformarla para lograr que todo el alumnado logre atravesar la barrera de la exclusión educativa y social.

La escuela puede propiciar el acceso al conocimiento a todos los agentes que forman parte de la comunidad educativa a través de su participación, la flexibilidad en su organización y el optimismo pedagógico (Freire 1993). De este modo se pretende superar el doble discurso que fomenta el “currículo de la felicidad” dirigido a la población escolar de determinados sectores sociales excluidos. En efecto, con el pretexto de que esta población “no está en condiciones de progresar adecuadamente” en lo que se refiere a los conocimientos académicos y áreas instrumentales, se generan

unos currículos “aparentemente adaptados” que no hacen más que reproducir las desigualdades sociales existentes.

La institución escolar, por tanto, se ha encontrado ante nuevos retos que, necesariamente, le exigen un cambio. Las necesidades para las que se creó la escuela han cambiado no son las actuales. Así, la educación en general, y la institución escolar en particular, ha de entrar en el análisis de la sociedad y de lo que ella representa para el trabajo con las personas.

En la actual sociedad encontramos elementos suficientes para poder acceder a conocer experiencias de éxito en la superación de desigualdades y para el análisis de los proyectos educativos en clave de exclusión y/o inclusión a la luz de los planteamientos de las ciencias sociales actuales. Estos nos ofrecen vías para la acción educativa que tiene como finalidad última la transformación social y la superación, por tanto, de las desigualdades socioeducativas.

La educación en la sociedad de la información

De la relación que hemos establecido entre sociedad de la información y educación se desprende la necesidad de reflexionar en torno a la función que ha de desempeñar la escuela puesto que tiene una responsabilidad, ya que puede contribuir a hacer posible el acceso a todas las personas a la sociedad de la información garantizando que las personas desarrollen las capacidades necesarias para vivir en este contexto social.

En este sentido, observamos que cada vez hay más autores que otorgan a la escuela –como institución más representativa– un papel fundamental en el trabajo para la transformación, superando, de este modo, la visión tradicional reproductora que la educación ha mantenido en muchos momentos de la evolución histórica.

Participar en procesos educativos que trabajen por la integración precisa traspasar y superar actuaciones asimilacionistas. El objetivo de la integración no puede ser que los colectivos en general y las minorías culturales en particular pierdan su identidad, asimilados por la mayoría hasta confundirse con ella. El intercambio cultural no ha de significar aculturación, colonización o eliminación sino que el intercambio si en un diálogo igualitario supone riqueza, potencialidad, dinamismo, inclusión y creación.

Es necesario, por ello, superar discursos e ideas, que están muy extendidos en los ámbitos social y educativo, que contribuyen a la exclusión. Se hace imprescindible sustituir las ideas o discursos excluyentes por otros de tipo transformador como: no hay edad para aprender, los grupos sociales tradicionalmente ausentes de la escuela quieren participar en ella, la participación plena ciertos alumnos ayuda al aprendizaje personal y a la colectividad....

Para ello se tiene que partir de las capacidades que todas las personas poseemos, acabando con las teorías del déficit que legitiman desigualdades sociales en base a la creencia de que las personas no tienen las mismas capacidades en función de su cultura, entorno social o familiar. Las personas poseemos una serie de habilidades y capacidades que desarrollamos a través de las interacciones. No confiar en que ciertas personas las poseen es negar la oportunidad de recibir una educación de calidad.

La Educación es un derecho de toda las personas por lo que el sistema educativo en general y los centros y sus agentes educativos en particular tienen la obligación de proporcionar a todas y todos una educación de calidad que responda a las necesidades

actuales, fomentando la capacidad de diálogo y crítica para la construcción, en definitiva, de una sociedad vasca, igualitaria, intercultural y solidaria.

Hacer realidad ese derecho supone trabajar por la consolidación de un tipo de escuela entendida como un espacio abierto para todas las personas y todas las culturas, que comparten ese espacio, lo que es posible conseguir mediante el diálogo participativo entre todos los agentes sociales. Una escuela, además, que establece un clima escolar estimulante para el aprendizaje, que se asienta en expectativas positivas sobre las capacidades del alumnado, del profesorado y de las familias (niño y niña, adolescente o persona adulta), fomentando, de este modo, la confianza que ellos y ellas puedan tener en sus propias competencias. Trabajar de este modo es contribuir a la inclusión y a la superación de las desigualdades y para ello todos tenemos mucho que aportar.

Una apuesta de esta naturaleza por el trabajo de transformación precisa de un concepto de educación integrado, participativo y permanente. Una educación que sustituye la adaptación por la integración cultural¹, y que al hacerlo trabaja a favor de la democratización de los procesos formativos. Esta es, precisamente, la visión que mantiene sobre la educación la perspectiva dialógica o comunicativa (Freire, 1970, 1997; Habermas, 1997). y que desarrollaremos en el siguiente apartado.

Desde este enfoque dialógico o comunicativo es necesario hacer una revisión de planteamientos que se están realizando en educación para abordar la diversidad cultural o las desigualdades para enriquecer unos como son los planteamientos interculturales o para rechazar y superar otros como son los compensatorios que colaboran a mantener las situaciones de desigualdad. En los siguientes apartados desarrollamos algunas reflexiones en este sentido sobre el aprendizaje dialógico, la educación intercultural y los planteamientos compensatorios.

¹ Partimos de un concepto amplio de cultura entendida como aquellas formas que identifican y, al tiempo, diferencian a un conjunto de personas.

